

LA ARQUITECTURA MEJICANA

En la revista mejicana «Hoy» ha aparecido, firmado por Antonio Rodríguez, el siguiente artículo, que por su interés publicamos a continuación.



Bella, como pocas, es la ciudad de México, en que habitamos. Cercada por las «altas y ásperas sierras» que tan gran respeto infundieron a Cortés, la vieja «Ciudad de los Palacios» se mira como una joya engarzada en la más sumtuosa y regia de las coronas.

El Popocatépetl y el Ixtlaccihuatl le prestan el escenario monumental y épico que París, Berlin o Londres le envían. La atmósfera diáfana y transparente que le envuelve le asegura el perfil nitido de las cosas que la bruma de otros lados vuelve borrosa e indefinida. El polvo de los siglos y el fuego de luchas grandiosas le dan la pátina y la aureola que acentúan su personalidad.

Y la arquitectura—que le da forma—, ¿acaso colabora ella con los elementos naturales para volverla consecuente con su medio y con sus hombres, para asegurar su crecimiento normal y servir los múltiples intereses de su población? ¿Ha encontrado una forma de expresión propia y ha descubierto el medio de servir eficazmente a la colectividad de acuerdo con las condiciones económicas vigentes y el estado de desarrollo del país?

En otras palabras: ¿Ha creado México la arquitectura que necesita?

Para hallar respuesta a semejantes preguntas —que han dado y seguirán dando motivo a aclaradas discusiones—, la revista *Hoy* escuchará, y reproducirá en sus columnas, la voz de los más autorizados representantes de las diversas tendencias que se manifiestan en la arquitectura contemporánea de México.

Para comenzar con el entusiasmo de la juventud escucharemos hoy a dos fogosos e inteligentes arquitectos: Lorenzo Carrasco y Guillermo Rossel, quienes desde las columnas de la magnífica y dinámica revista *Espacios* han planteado importantes problemas de la arquitectura mexicana.

DIECINUEVE MILLONES EN UNA ESCUELA!

Abordando, en primer lugar, el aspecto económico de la arquitectura oficial, Carrasco y Rossel, dos inteligentes arquitectos, analizan algunos frutos de lo que ellos consideran la

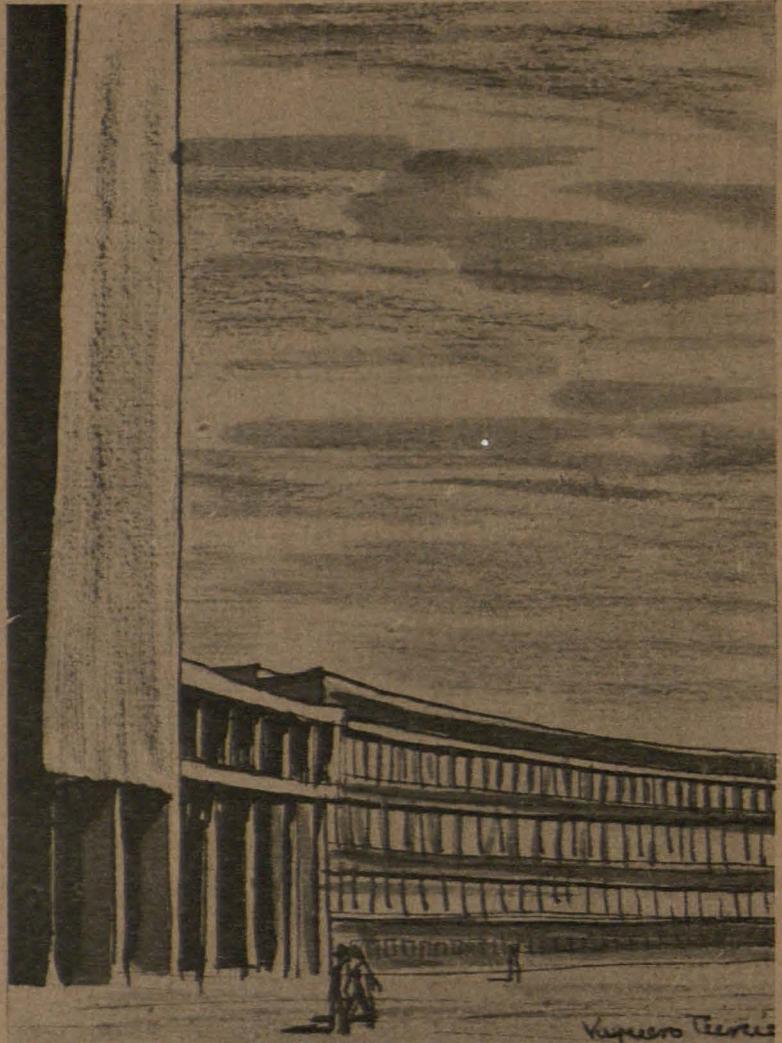
«falta de conciencia social de ciertos arquitectos» y la «irresponsabilidad del Gobierno».

—Ejemplo típico de esta falta de conciencia y de esta irresponsabilidad—afirman Rossel y Carrasco—nos la proporciona el edificio construido para la Escuela Nacional de Maestros. El Gobierno, con el objeto de impresionar al pueblo con obras gigantescas, con las cuales esconde su ineptitud para abordar nuestros verdaderos problemas, y el arquitecto, movido por esa falta de conciencia social, se han aliado para construir un edificio que ha costado a la nación 19 millones de pesos. ¿Podemos acaso gastar 19 millones de pesos en una sola escuela, cuando muchos y más graves problemas nos acosan? En un artículo publicado por el mismo Mario Pani en el número 24 de *Arquitectura*, se señalan las diversas reacciones «de parte del público y, en particular, de los arquitectos», que la construcción de esta escuela provocó. Pero ¿podría ser de otro modo? ¿Cómo es posible pensar en la indiferencia ante este caso excepcional de aberración? ¿Cómo vamos a adoptar una actitud pasiva cuando nuestros propios intereses nacionales han sido despiadadamente afectados? ¿Cuándo, en fin, por un afán de lucro y de ostentaciones se invierte en una sola escuela 19 millones de pesos!, que deberían ser consagrados a la edificación de tantas otras escuelas que nuestra niñez está demandando? Por tanto, desde el estricto punto de vista de nuestra economía, la Escuela Nacional para Maestros no resiste al más débil análisis.

ARQUITECTURA AFRANCESADA Y ABSURDA

—Ustedes—interrumpe el reportero—han analizado el problema desde un ángulo estrictamente económico. Pero, desde el punto de vista plástico, ¿no significa esta Escuela una aportación valiosa y útil?

—¡De modo ninguno!—sostienen energicamente los dos jóvenes arquitectos—. Un formalismo afrancesado y absurdo ha llevado a Mario Pani a la creación de un eje cuya importancia no queda justificada. Espectacular por su misma finalidad, este edificio monumental no hace más que señalar con especial énfasis, a través de sus descomunales dimensiones, los resultados nefastos de una arquitectura que parte de una forma preconcebida. Un eje nace de la solución técnica, y, por lo mismo, consciente del problema, y en este caso es el eje el punto de partida a que tiene que someterse el conjunto. Esto que aquí afirmamos es indudable: parte del cruce de alineamientos de los dos cuerpos que ya existían, y que han sido conservados, al centro preciso del terreno. Es el mismo eje que ya existía en el edificio antiguo de la Escuela Normal. Y a él se ajustó el crecido número de elementos que registró el



Vaquero Túrofón



Vaquero Túrofón

La Escuela Nacional de Maestros.—El Gobierno, con objeto de impresionar al pueblo con obras gigantescas, con las cuales esconde su ineptitud para abordar nuestros verdaderos problemas, y el arquitecto, movido por esa falta de conciencia social, se han aliado para construir un edificio que ha costado a la Nación diecinueve millones de pesos.

Hay que conservar nuestro patrimonio histórico. Los valores históricos del pasado deben preservarse mientras no impliquen el sacrificio de poblaciones mantenidas en condiciones malsanas. Pero es absurdo exigir la obligación de conservar un estilo del pasado en construcciones modernas, como acaba de observarse en el nuevo edificio del Departamento del D. F. Es un caso vergonzoso.

programa. ¿Se puede concebir algo más absurdo? Utilizando una frase del arquitecto Raúl Cacho, podemos decir que esta arquitectura es identificable con aquellas que proyectaban con ejes hasta la colocación de los bacines. La ausencia de una técnica necesaria se hace patente en la ilógica situación de los talleres y laboratorios y en la arbitraria variedad de orientaciones a que se encuentran sometidas las aulas. Los talleres, locales especialmente pesados, se encuentran en planta alta, situados precisamente en las crujías que el arbitrario formalismo del arquitecto coloca sobre columnas de nueve metros de altura. Todo este querer ajustarse previamente a una forma, en vez de resolver técnicamente el problema, ha dado lugar al elevado costo del edificio. Se diría que partieron del propósito de encarecer la obra. En el referido artículo de Pani se habla de la «oportunidad de realizar, en los momentos actuales, una construcción de costo elevado. ¿A qué clase de oportunidad se refieren?

—Es curioso—interrumpe el reportero—que ustedes dirijan semejantes críticas al arquitecto de quien fueron alumnos.

—Sí, es verdad; fuimos sus alumnos, y con tal motivo podría decirse que procedemos como los que comen en casa del amigo y luego hablan mal del guiso y del amigo. En lo personal cuenta el profesor con nuestra más sincera y cordial estimación. Pero una cosa es el respeto que profesamos al hombre y al maestro y otra muy distinta la postura que debemos asumir ante los problemas de la colectividad.

EL EDIFICIO DE LA LOTERIA, OTRA ABERRACION

—El edificio de la Lotería Nacional—continúan—, que construyó el ingeniero Cuevas, constituye otra aberración de nuestra arquitectura. Este edificio, en que se invirtieron unos doce años de esfuerzos, costó a la Nación una suma enorme. Como el de la Escuela Nacional para Maestros, además de no corresponder, por su elevado costo, a la capacidad económica del país, presenta aberraciones técnicas inconcebibles. Comenzando por no tener en cuenta la configuración de la glorieta en que se yergue, este edificio adoptó un partido que rompe totalmente la unidad del lugar. Su torre, tan inútil como la de la Escuela Normal, está consagrada, en su lugar central, a los sanitarios... Su autor partió de la gran vertical de la torre para determinar la horizontal de los dos cuerpos laterales. Pero, en vez de contrabalancear la vertical del central con elementos horizontales, que le darian más esbeltez, hizo precisamente lo contrario. Le puso una enormidad de elementos verticales, que establecen una verdadera lucha.

—Pero—interrumpimos—¿niegan ustedes que el ingeniero Cuevas sea un técnico extraordinario, reconocido ampliamente en el Extranjero en materia de construcciones «flotantes», como el edificio de la Lotería, especiales para el suelo de México?

—¡No! Sabemos muy bien que el ingeniero José A. Cuevas es muy apto para mecánica de suelos. Pero no es arquitecto. Por tal razón, y para proceder en forma honesta, debería haber puesto la construcción del edificio en manos de arquitectos.

EL MEJOR MONUMENTO A LA MADRE: UNA MATERNIDAD

—Esta aberración—prosiguen los entusiastas entrevistados—, que consiste en proyectar construcciones que no corresponden a nuestra economía, ni mucho menos a nuestras necesidades, se manifiesta un poco por todos los sectores del país. Todos conocen la carencia que tenemos de Maternidades. Las mujeres de nuestro pueblo son obligadas a dar a luz en casas de vecindad, cuando no en jacaless que están totalmente desprovistos de las más humildes y necesarias condiciones de higiene. En estas condiciones, el mejor y más correcto homenaje que podría rendirse a la madre debería consistir en edificar una o más Maternidades, que, en sí, fueran verdaderos y nobles monumentos. En vez de esto, un importante periódico del país está levantando un gran monumento, caro, feo e inútil, que comienza por separar en dos partes al hermoso jardín de Villalongín, en donde estaremos obligados a verlo.

UN CASO VERGONZOSO: EL EDIFICIO DEL D. F.

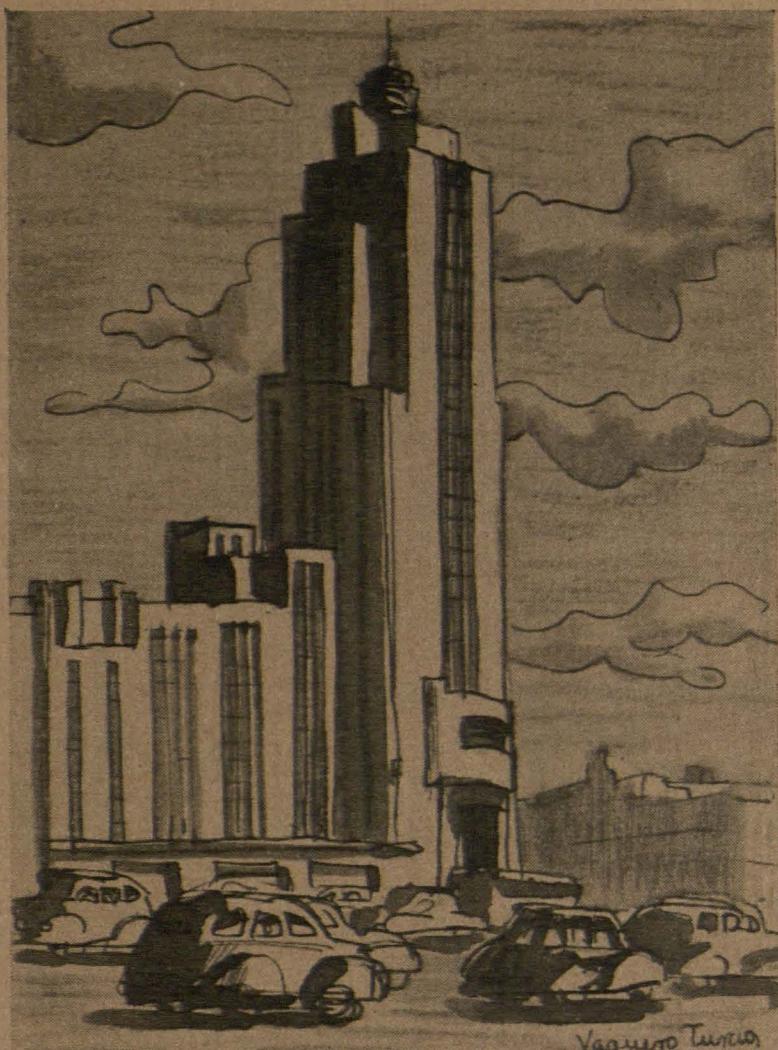
Y dispuestos a hacer una crítica, que sería interminable si el espacio lo permitiera, los jóvenes arquitectos fijaron su atención en nuestra plaza central, el «Zócalo», en donde se inauguró recientemente un edificio «gemelo» del D. F., que fué construido en otra época y obedeciendo a conceptos estéticos y a procedimientos técnicos y a materiales de construcción por completo distintos a los de nuestros días.

—Por supuesto—dicen—que hay que conservar nuestro patrimonio histórico. Los valores históricos del pasado deben perseverarse mientras no impliquen el sacrificio de poblaciones mantenidas en condiciones malsanas. Pero es absurdo exigir la obligación de conservar un estilo del pasado en construcciones modernas, como acaba de observarse en el nuevo edificio del Departamento Central. Este nuevo edificio, por las causas que determinaron su realización, es un ejemplo vergonzoso de la falta de conciencia y honestidad de parte del arquitecto. Es cierto que hay que ganar dinero para poder vivir y hacer arquitectura. Lo grave, como en este caso, está en que ciertos arquitectos viven y «hacén arquitectura» para ganar dinero. El empleo de formas del pasado en aras de una «unidad» de estilo, en las construcciones nuevas erigidas en zonas llamadas históricas, no señala más que una torpeza de parte de las autoridades que obligan a esas restricciones, y una impotencia por parte del arquitecto que acepta la complicidad. Una civilización sucumbe cuando se le cierra su imaginación y voluntad y no puede crear las nuevas formas que correspondan a su época y a su momento histórico.

—Perdonen—interrumpimos a nombre de la curiosidad del lector—. No nos dijeron ustedes el nombre del arquitecto a quien acusan de esa falta de honestidad moral y de esa impotencia estética.

—Es bien conocido—aclaron Rossel y Carrasco—. Es el arquitecto Federico Mariscal, Presidente del Colegio de Arquitectos y miembro del Colegio Nacional...

El edificio de la Lotería Nacional, constituye otra aberración de nuestra arquitectura. Este edificio, en que se invirtieron doce años de esfuerzos, costó a la Nación una suma fabulosa.



Joaquín Tucín

Este es otro edificio típico del rastacuerismo de los arquitectos carentes de responsabilidad. Es necesario el establecimiento de un plan que parta de la observación de nuestra realidad y dé solución a los aspectos más apremiantes.



Joaquín Tucín

POLANCO, SUPREMA
EXPRESIÓN DEL
RASTACUERISMO

—El falso tradicionalismo—agregan—, que se manifiesta con tanta evidencia en el citado edificio del Departamento Central del D. F., puede apreciarse en muchos otros lugares de México. Sin ir más lejos, puede verse en la Avenida Juárez, en el edificio «estilista», muy semejante a un ropero viejo, que se levanta enfrente de Petróleos Mexicanos. Puede verse, un poco por todas partes, en la ciudad de México; pero su verdadero «cuartel general» está en la Colonia Polanco, que es la suprema expresión del rastacuerismo arquitectónico. Propietarios de mal gusto, desprovistos de todo sentido estético y totalmente ajenos a su época, y arquitectos sin dignidad profesional, han construido ahí edificios híbridos, sin carácter, semejantes a todo menos a casas de habitación. Apoyándose en la lírica afirmación de Paul Valery de que existen edificios que cantan, podríamos decir que las casitas de Polanco están lanzando desentonados alaridos, más que llorando su desgraciada existencia. Y aquí hemos llegado a un punto en donde los dos extremos: el formalismo «ultramoderno» —que se expresa en edificios, monumentos, preconcebidos *a priori* y sin atender a las necesidades de México— y el tradicionalismo —que tiene los pies y los ojos puestos en el pasado—, se tocan. Los dos no son más que una forma de dar la espalda a nuestros problemas y necesidades actuales.



Una residencia de la Colonia Polanco.

ESPIRITU DE RESPON-
SABILIDAD Y PLANIFI-
CACIÓN

Después de reforzar su crítica con numerosos ejemplos sacados de casi todas las zonas y latitudes de la ciudad: del Hotel Plaza, de la Posada del Sol, del Cine Lindavista, etcétera, etc., los arquitectos Carrasco y Rossel esbozaron las líneas generales de una política que podría contribuir a solucionar muchos de los problemas que afectan a la arquitectura contemporánea.

—Necesitamos—dicen— el establecimiento de un plan que parte de la observación de nuestra realidad y procure dar solución a sus aspectos más apremiantes. Mientras carezcamos, como ahora, de 20.000 aulas para educar e instruir a los hombres del futuro, no podemos gastar 19 millones en construir una sola escuela. En tanto la mayor parte de la población continúa desprovista de los más elementales servicios médicos, no podemos invertir verdaderas fortunas en construir hospitales de lujo. El Gobierno, consciente de las necesidades del país, debe elaborar

un plan de emergencia que contribuya a poner un término a las irregularidades señaladas. Pero es menester también que el arquitecto adquiera el sentido de responsabilidad de que ahora carece. El arquitecto debe ser un orientador, no un fiel «retratista» de los rasgos decadentes de la sociedad. Y esto, por desgracia, es lo que ha ocurrido y es lo que está ocurriendo.

